

25 de octubre

BEATO JUAN ÁNGEL PORRO, SACERDOTE O.S.M.

Memoria obligatoria

Juan Ángel Porro nació en el ducado de Milán el año 1451. Ingresó en la Orden y vivió primero en el convento milanés de santa María; más tarde, fue trasladado a Florencia. Se retiró a Monte Senario, permaneciendo allí casi veinte años, para dedicarse por completo a la penitencia y a la contemplación. Finalmente regresó a Milán, en donde se ocupó de manera especial de la cristiana educación de los niños. Murió el 23 de octubre de 1505. El papa Clemente XII lo proclamó Beato en 1737.



Del Común de santos y beatos O.S.M.

Oficio de lectura

SEGUNDA LECTURA

De la «Carta espiritual» del venerable fray Ángel María Montórsoli, siervo de María

(Caps. III. X; ed. Florencia 1597, pp. 13-15.47-50)

El Señor Jesús es norma segura de toda nuestra vida

Os doy fe y testimonio de esto: no hay nada más justo, más digno ni más hermoso en este mundo que entregarse totalmente a Dios y servirle siempre a él solo: *Dichoso el hombre que medita su ley día y noche* (cf. *Sal 1, 1-2*).

En la lectura de la Sagrada Escritura se halla el fundamento de toda cristiana alegría y de todo nuestro bien. Con razón afirma el Evangelio, refiriéndose a ella: *El que tenga sed, que venga a mi y beba* (*Jn 7, 37*); y san Jerónimo, así como otros Santos Padres, la llaman «palabra divina y sabrosísima, llena de toda delicia».

La llaman también tierra prometida, que mana leche y miel, la cual, a manera de una ancha y caudalosa fuente, riega el alma, limpiándola de todo pecado, apartando de ella el amor del mundo y haciéndola sumamente fértil, como un árbol plantado al borde de la acequia, que da fruto a su tiempo (*Sal 1, 3*).

De la Sagrada Escritura afirman también que es el verdadero mana, que tenía el sabor que cada uno deseaba al alimentarse de él. Por eso puede considerarse como la verdadera farmacia y almacén de los cristianos: farmacia, porque en ella se halla el remedio para cualquier enfermedad; almacén, porque ella suministra cualquier cosa que deseamos o necesitamos.

La Sagrada Escritura nos manifiesta en todo momento la voluntad de Dios y nos da a conocer el mismo Dios. Es, por tanto, algo muy saludable y necesario, porque el que no lo conoce no puede amarlo: «Podemos amar las cosas que no vemos, pero no las que no conocemos» (S. Agustín, *De Trinitate*, X, 1). Y el que conoce a Dios lo ama, y perseverando en este conocimiento, penetrado del amor, no puede ofenderlo cometiendo pecado, porque es incapaz de desagradar a tan gran Señor. Así lo atestigua san Juan cuando afirma: *Quien dice: «Yo lo conozco» y no guarda sus mandamientos es un mentiroso* (*1Jn 2, 4*).

Jesús, nuestro Señor, debe ser la norma segura de cualquier reforma que hagamos, el orden inmutable de toda nuestra vida; que él sea el principio de toda nuestra actuación, el guía que nos lleve con seguridad a la perfección, para gloria suya.

Esto es lo que él nos promete cuando dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6)*; y también cuándo nos invita: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviare (Mt 11,28)*. Nuestra perfección y felicidad consiste en estar unidos a él, por eso, cuanto más nos identifiquemos con él, más perfectos y felices seremos.

En esta vida, la unión con Cristo consiste principalmente en pensar en él, en desearlo y amarlo; en esto consiste aquella felicidad que se denomina «en esperanza» y mérito; en la otra vida, será una felicidad «en realidad» y premio, puesto que lo veremos claramente y gozaremos plenamente de él, muy por encima de lo que somos capaces de esperar, infinitamente y para siempre.

Esta felicidad celestial se adquiere por medio de la felicidad de este mundo, que no es otra que el camino del amor. Por esto merece el nombre de bienaventurado el que en esta vida no tiene otro deseo que el de servirlo cada vez con mayor perfección: Dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón (*Sal 118,2*).

Si nos fijamos, nos damos cuenta de que tenemos una inclinación natural hacia la perfección y la felicidad. En efecto, el deseo que todos experimentamos de enriquecernos más y más, de subir cada vez más y de gozar continuamente, ha de tener una respuesta, ya que es algo común y universal, y por eso, si lo encauzamos debidamente, nos conducirá necesariamente al verdadero y eterno reino del perfecto servicio de Dios, ya que vemos claramente que todo falla y que lo único que puede saciarnos para siempre es Dios: «Nuestro corazón no halla sosiego - dice san Agustín - hasta que descansa en ti» (*Confesiones I, 1*).

Por esta razón san Gregorio nos advierte que dejemos de lado los bienes caducos de este mundo y busquemos las verdaderas riquezas y los verdaderos honores, cuándo dice: «Hermanos, si de verdad queréis ser ricos, amad las verdaderas riquezas; si buscáis los máximos honores, apresuraos hacia la patria celestial».

Éste es el fin de nuestra vida, gozar de los bienes eternos; alcanzarlos es nuestro destino y nuestra vocación, ya que para esto nos ha creado el Señor, para que, caminando por este valle de lágrimas como por un destierro, nos esforcemos continuamente en aumentar nuestros méritos y virtudes, y así vayamos siempre hasta llegar por fin a la inmensa gloria de nuestra patria verdadera, que es el paraíso.

RESPONSORIO

cf. *Ef, 14. 16. 19; 4, 1. 3*

R/. Doblo las rodillas ante el Padre, para que les conceda ser fortalecidos por su Espíritu en el hombre interior, * Y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento.

V/. Vivan como pide la vocación a la que han sido convocados. Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz.

R/. Y conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento.

O bien:

Modelo de vida en la contemplación y en el conocimiento de Dios

Juan Ángel nació en el ducado de Milán el año 1451. Era hijo de Protasio Porro y Francisca de Guanzate, muy buenos cristianos, y cuya familia era originaria de Barlassina, cerca de Seveso.

El año 1468, Juan Ángel vistió el hábito de los Siervos de María, y vivió unos cinco años en el convento de santa María, en Milán, Más tarde, según algunos escritores de la Orden, se retiró por un tiempo a la soledad en la región de Cavacurta, a la orilla derecha del río Adda, para entregarse a la contemplación y a la penitencia.

El año 1474 fue enviado a Florencia, al convento de la Anunciación. Allí se dedicó de manera especial a la observancia regular, y allí probablemente hizo los estudios requeridos y fue ordenado presbítero. Durante este periodo, Juan Ángel concibió el propósito de retirarse a la

soledad para dedicarse únicamente a Dios. Subió, pues, al eremitorio de Monte Senario, donde a principios del siglo XV algunos frailes con su trabajo y su fervor habían restaurado la observancia primitiva y llevaban una vida solitaria.

Este tipo de permanencia en Monte Senario fue de gran trascendencia para la vida y el progreso espiritual del beato Juan Ángel; tanto es así que le llamaban a veces “Juan del Monte” y cuando, por razón de enfermedad o de obediencia tenía que abandonar Monte Senario, allí regresaba en cuanto podía.

El año 1484 fue llamado al convento de Florencia por fray Antonio Alabanti, prior de aquel lugar, para desempeñar el cargo de maestro de novicios, para los que había escrito, según se cree, unos “saludables consejos”. Tres años después, con el beneplácito de los ermitaños, fray Antonio Alabanti, que entre tanto había sido elegido prior general, lo nombró rector del eremitorio de Monte Senario, cargo que ejerció sabia y santamente. El prior general, que tenía en gran aprecio la prudencia y santidad de Juan Ángel, recurrió también el más de una vez para la dirección del eremitorio de Chianti.

Al morir fray Antonio Alabanti, Juan Ángel volvió a Milán, hacia el año 1495, y parece que fue elegido prior de aquel convento. También en medio del torbellino de aquella gran ciudad se esforzó en cultivar la soledad, que tanto amaba, pues, como cuenta fray Felipe Ferrari, su biógrafo, “vivía en una celda... algo separada de los demás”. En este período destaca un aspecto singular de su vida: la dedicación a la catequesis de los niños; en efecto, en la obra de Hipólito Porro titulada *Orígenes y desarrollo de la doctrina cristiana en Milán* leemos: “todos los días festivos, a pesar de su cargo de prior, reunía en la entrada de la iglesia o por las calles, a los niños y los instruía en la doctrina cristiana”. Así lo atestigua un bajorrelieve de mármol de mediados del siglo XVI, que representa al beato Juan Ángel adoctrinando a los niños en la iglesia.

Juan Ángel murió santamente el día 23 de octubre del año 105, en el convento de Milán, llorando por los frailes y por el pueblo.

En el beato Juan Ángel encontramos el modelo y ejemplo de una vida centrada en la contemplación y en el conocimiento de Dios, que constituye un valor permanente para nuestra Orden. Tuvo, en efecto, un gran amor a la oración y al silencio. Por eso buscaba siempre la soledad, evitando las conversaciones inútiles, para dedicarse de modo exclusivo al trato e intimidad con Dios. Con frecuencia, sin embargo la caridad para con sus hermanos prevalecía sobre su amor a la soledad. Amó mucho a nuestra Orden y a cada uno de sus miembros, por quienes tuvo siempre una fraternal solicitud. Aunque era delicado de constitución se mortificaba continuamente. Practicó de modo admirable la pobreza y la sencillez de vida. Tuvo una gran veneración a nuestra Señora y compuso en su honor una oración que rezaba cada día ante su imagen.

Fue beatificado por el papa Clemente XII en el año 1737. Su cuerpo, casi incorrupto, se guarda con gran veneración en la iglesia de san Carlos, llamada en otro tiempo de santa María de los Siervos. Existe una antigua y piadosa tradición según la cual los niños enfermos son llevados al sepulcro del beato Juan Ángel para ser curados por su intercesión.

RESPONSORIO

cf. *1Cro* 16, 11; *1 R* 19, 11; *Lam* 3, 26

R/. Busca sin descanso al Señor y su fuerza: * Sal y quédate en el monte a la presencia del Señor.

V/. Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor.

R/. Sal y quédate en el monte a la presencia del Señor.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

Benedictus, ant.

Los traeré a mi monte santo, los alegraré en mi casa de oración.

ORACIÓN

Interceda, Señor, por nosotros, el beato Juan Ángel, admirable por su empeño en promover la auténtica vida religiosa y en difundir la doctrina cristiana, a fin de que, fijo en ti nuestro corazón, perseveremos en una vida conforme al Evangelio y seamos inflamados de fervor apostólico. Por nuestro Señor Jesucristo.

Vísperas

Magnificat, ant.

Dejad que los niños se acerquen a mí, de los que son como ellos es el reino de los cielos.